

sumisión, las que nos unen pues a la catedral de Pedro a la silla apostólica. Son estas cadenas, las que nos obligan bogas espirituales, a la mística nave insubmergible de la Iglesia, para^{ma} con los esfuerzos combinados de nuestros hermanos en el Episcopado y bajo la sabia segura e infalible dirección del experto Nauta la llevemos rumbo al cielo: puerto tranquilo, tierra de promisión patria y casa paterna de los escogidos, como nos lo presenta en sus parábolas J.-C. M.-D.-.

Ahora, en lugar de tribulaciones (que para nosotros no las hubiera si no fuesen las que hollan el corazón de nuestros hijos), en lugar de tribulaciones, nos aguardan: paternales consejos, limosnas generosas y cuantiosas todas a favor vuestro. También nos aguarda es el interés marcado que todos manifestarán por la región que fue confiada a la dirección del Santo Cayado que del Jmo. ^{que hemos recibido} recibimos.

Enfin, distinta, si, es nuestra suerte de la que por revelación conocia que le estaba reservada el escrutinador de los arcanos divinos, pues no diremos con él "ninguno de todos vosotros por cuyas tierras hemos discurrido, predicando el Reino de Dios, nos volverá a ver."

Antes, abrigamos en nuestro corazón la firme esperanza de que, con más fuerzas y valor todavía cruzaremos vuestros montes misteriosos y esmeraldinas savanas, vadearemos vuestros torrenciosos rios y surcaremos los caudolosos; llegaremos a vuestras chozas a gozar allí de nuestra patriarcal y bíblica hospitalidad. Si de Dios aguardamos nos sea dado: bendecir otra vez vuestros hogares, conversar con vuestros niños a la manera de Jesucristo atraído a si a ser tan simpáticos, por su sencillez candor y pureza.

Tanto se diferencia nuestra despedida de la del Apóstol! Sin embargo, en algo a la de él se parece cuando con él y como él nos es lícito protestar en este día que no tenemos la culpa de la perdición de ninguna, pues que no hemos dejado de intimaros todos los designios de Dios.